

## **DOMINGO DE LA VOCACIÓN PROFÉTICA**

**Florentino Alonso Alonso** - (Diario de León, 29-I-2022)

El evangelio del domingo pasado presentaba a Jesús asumiendo en primera persona la misión profética de Isaías y el evangelio de este domingo lo sitúa también en continuidad con la historia profética de su pueblo (Lc 4,21-30). Su misión es para todos los pueblos. Pero, como los profetas del pasado, tampoco él encuentra acogida entre los suyos. La primera lectura narra la vocación y misión de Jeremías (Jer 1,4-5.17-19), paradigma de toda vocación que hoy, como entonces, pide a quien es llamado una respuesta libre y comprometida. La iniciativa siempre es de Dios que se acerca y llama a través de situaciones concretas o mediaciones humanas. Desde siempre, Dios mismo ha pensado en nosotros, nos llama para una misión concreta en su proyecto de amor para toda la humanidad y nos capacita, “consagra”, para ser profetas en medio del pueblo con el encargo de mostrar a los demás la voluntad divina y orientar su camino para evitar la injusticia entre los hermanos y la idolatría contra Dios (Jer 1,4-5; Sal 70). Pero, con frecuencia, el profeta sufrirá la incompreensión y el rechazo. Jeremías experimenta la fuerte oposición del pueblo. Y Jesús, en la sinagoga de Nazaret, sufre el rechazo de sus convecinos. Desde siempre la persona y la doctrina de Cristo han producido en los hombres un doble efecto: unos acogen con gozo su mensaje, que los libera y hace felices, y experimentan que, gracias a Cristo, lo son y lo tienen todo; pero otros lo rechazan y desprecian porque no les dice nada, incluso les molesta y disgusta... ¡He aquí cuál ha de ser nuestro programa! Construir la vida sobre Cristo, acogiendo con alegría su palabra y poniendo en práctica su doctrina. Es urgente que surja una nueva generación de profetas enraizados en la palabra de Cristo, capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo y dispuestos a difundir el Evangelio por todas partes. Este es el mejor fruto del amor del profeta a su pueblo: un amor que espera y aguanta sin límites, que no lleva cuentas del mal, como expresa Pablo en la segunda lectura (1 Cor 12,31-13,13).